

Pequeña oda de amor a Maritornes

(HABLA ALONSO QUIJANO)

Yo llego hasta tu chambre, Maritornes.
Lo mismo que desfrunzo una cebolla,
voy pasando mis dedos por tus bornes,
dejando en desnudez tu fácil joya.

Pero me siento eléctrico de hondura,
de rezo, de virtud, de lejanía...
Yo sé medir mi cálida locura.
Y sé medirla a tiempo... ¡porque es mía!

Pues bien; ya está medida y ya he llegado.
Me inclino ante tu carne sin adobos.
Y ante tu porche del amor, colgado,
queda el nido inmortal de mis arrobos.

¡Qué hermosa en tu rudeza sudorosa!
¡Qué gracia en tu trabado desenfreno!
¡Qué hermosamente brutal! ¡Sí; qué hermosa!
¡Quien no sepa rezarte, es que no es bueno!

.....

Tú eres igual que un símbolo de tierra.
Dornajo de la humana porqueriza.
Pasividad nostálgica de perra.
Gavilla sin rescoldo y sin ceniza.

Tú eres como un desagüe sin ternura.
Liquidación de un beso no estampado.
Regüeldo terminal de la basura.
Ganancia catastrófica de un dado...

Samaritana sin saber del pozo
que cura para siempre la ardentía.
Querida de la granza y del retozo.
Casera de la casca y de la lía...

Pero eres más: La gleba sublimada.
La escoria echando cielo por sudores.
La pureza hecha carne desgonzada.
La lumbre cenizosa dando flores...

Feliz quien te tropieza como eres.
Bendito el que te ve como te veo.
¡Quién sabe del amor de las mujeres!
¡Yo creo, creo, creo, creo y creol!

.....

Hoy llego hasta tu chambre estremecida.
Ya siento tu gordura, y me arrodillo:
«¡Oh, DOÑA MARITORNES sin medida!
Por estas negras ventas de la vida...
¡sigue alumbrando al místico y al pillol!»

Juan ALCAIDE SANCHEZ.